

Juan Alonso Rubián, ingeniero militar del siglo XVI

Por José M^a PINTO DE LA ROSA

Rubián o Rubiano era, al parecer, natural de Ibiza, y fue uno de aquellos leales y desinteresados servidores a quienes supo entusiasmar Carlos V con sus numerosas campañas. Todo respiraba en él amor a su augusta persona, y en un memorial que con mano trémula escribió a los ochenta y nueve años de edad, suplicando a Felipe II le acreciese el sueldo de 25 escudos que había disfrutado toda su vida, no recuerda sus servicios sino para manifestar que los había hecho «por la bendita ánima del Emperador», expresión sencilla, dice Aparici, que patentiza la gran afición con que le había servido en vida.

No consta en el memorial en qué clase comenzó su carrera militar, y sólo sí que su primera campaña fue con el famoso don Álvaro de Bazán, padre del memorable marqués de Santa Cruz, con dos galeones a las Indias Occidentales; y, regresado de este viaje, pasó a las galeras del valiente don Bernardino de Mendoza, con objeto de acudir en socorro de Nápoles, donde se hallaba en extremado apuro don Pedro de Toledo, por la protección que los forajidos daban al príncipe de Salerno, logrando deshacerlos con muy poca gente. Vuelto a Nápoles, se le encargó por el virrey el cuidado de la reparación del «caballero» de Castil-Novo, destruido de resultas de una voladura, lo que ejecutó a satisfacción de su hijo don García.

Finalizadas las obras, pasó con éste a la expedición contra las

ciudades de África: ganado Monasterio y reunidos a la tropa don Juan de Vega y Luis Pérez de Vargas, muerto éste después en un olivar por Dragut-Arráez, se ejecutaron las trincheras contra la antigua Aphrodisium, procediéndose a minarlas, sitio que duró desde el 26 de junio al 10 de septiembre de 1539 y durante el cual murió a causa de un disparo de arcabuz de los turcos que la defendían el ingeniero Antonio Ferramolino, por lo que don García y el príncipe Andrea Doria designaron a Rubián para sustituirle.

Honrado este ingeniero con tal nombramiento, «dirigió el artificio de las galeras», tomando luego la plaza por asalto. Llegado a Nápoles se halló con don Pedro de Toledo en la primera campaña contra Sena, y en la segunda contra el marqués de Manian, hasta la última batalla, sirviendo a su intermediación.

Con el duque de Alba asistió en 1558 a la jornada contra Roma y, reconocido Montecorbo, dio al duque el medio de dirigirse contra ella sin pasar el famoso puente sobre el Garellano.

En 1569 llegó a España con motivo de la rebelión de los moriscos, y a las órdenes de don Juan de Austria construyó, en unión de los ingenieros Treviño, Aguilera, Antonelli, Fratin, Campi y otros, todos los fuertes necesarios, correspondiéndole a Rubián el de Andújar, que se consideró de gran importancia. Terminada aquella campaña, pasó a Madrid, a conferenciar con Su Majestad, y se le destinó al Archipiélago Canario.

Ya en él aseguró las defensas comenzadas en la ciudad de Las Palmas, construyendo los fuertes de la Concepción y Santo Domingo, próximos al Calvario —actual barrio de San José—, el castillo principal o de Las Isletas y varios puntos fuertes en la ciudad de Telde.

Pasó a Tenerife con nueva orden de Su Majestad «e hizo un fuerte en el castillo», asegurando el puerto de Santa Cruz; fortificó el santuario de Candelaria, en el pueblo de este nombre, muy reverenciado de los naturales, donde se hallaba la imagen de Nuestra Señora de este nombre, aparecida antes de la conquista, y llevó a cabo otros trabajos en el puerto de Garachico.

Marchó luego a las islas de Lanzarote y Fuerteventura con el conde de Lanzarote, e hizo abrir un foso a un castillo del interior de la primera de estas islas —el de Santa Bárbara, San Hermene-

gildo o Guanapay, en Teguisse—, a más de otras obras; asimismo ejecutó otras diversas en las islas de La Palma y La Gomera.

Mejorados por Jácome Palearo Fratin los proyectos hechos en Ibiza por Calvi, fue llamado Rubián en 1578 para ejecutarlos y, llegando a la Corte, a presencia del mismo Fratin y del secretario de Guerra Juan Delgado, se le dieron instrucciones. Partió para Ibiza y de orden de Su Majestad, comunicada por su gobernador Hernando de Cagonera, estuvo en Formentera con la idea de reconocer el punto más conveniente para asegurar el agua en aquella isla; pero, difiriendo de las ideas de Fratin, construyó un modelo y con él se fue a la Corte en 1588, y a presencia del mismo Fratin, del prior de San Juan don Hernando de Toledo, del capitán de la guardia de Su Majestad y del mismo Felipe II se discutió el asunto, dando por buenas las ideas de Rubián.

Aprovechó su estancia en la Corte para presentar al rey y a varios personajes de ella, entre los que se hallaban el duque de Francavilla, una idea para mejorar las fortificaciones antiguas, con planos que no se han encontrado y de los que dio copia a todos los circunstantes. Estos viajes y sus anteriores servicios «le produjeron el crecimiento de 10 escudos mensuales», a su sueldo antiguo, y 200 ducados de «ayuda de costa», por una vez, consignados en Ibiza.

Continuó Rubián en esta isla hasta 1595, que se le mandó pasar a la de Mallorca, dejando en su lugar a Antonio Juan Miguel, «hombre entendido» a quien confió todos los planos con gran reserva y las instrucciones de cómo debía defenderse Ibiza, «...cosa que los Ingenieros no debían decir sino a personas tan calificadas y de tanta confianza y valor como él...»

En Mallorca continuó los trabajos iniciados por los Fratines, ya difuntos, y desde dicho lugar dirigió en ese año de 1595 el memorial que se ha extractado, a la edad de ochenta y nueve años, y después de sesenta de servicio como ingeniero, en el que pedía se le expidiese el título de tal que consideraba bien merecido, «...con alguna merced para alimentar a su mujer y dos hijas, atento a que con tantos viajes había consumido su poca hacienda y no tenía con qué socorrerlas ni darles dote, no pidiendo para sí ni aun descanso, pues estaba para servir a S. M. como siempre le había servido...»

y podían informar los Duques de Medina Sidonia y Francavilla, el Conde de Salinas y el Marqués de Sarriá, que sabían la fidelidad, diligencia y cuidado con que lo había hecho...»

Poco sobrevivió Rubián a esta exposición: falleció el 8 de setiembre de 1596, a los noventa años de edad, dejando en la mayor miseria a su mujer y dos hijas, que habiendo ido después a la Corte y hecho presente sus necesidades a Felipe II, las socorrió, aunque no con larga mano, gracia que estas últimas merecieron del monarca después del fallecimiento de su madre.